

La historia de un pequeño pueblo almeriense, diecinueve años después de un suceso que conmovió a la opinión internacional

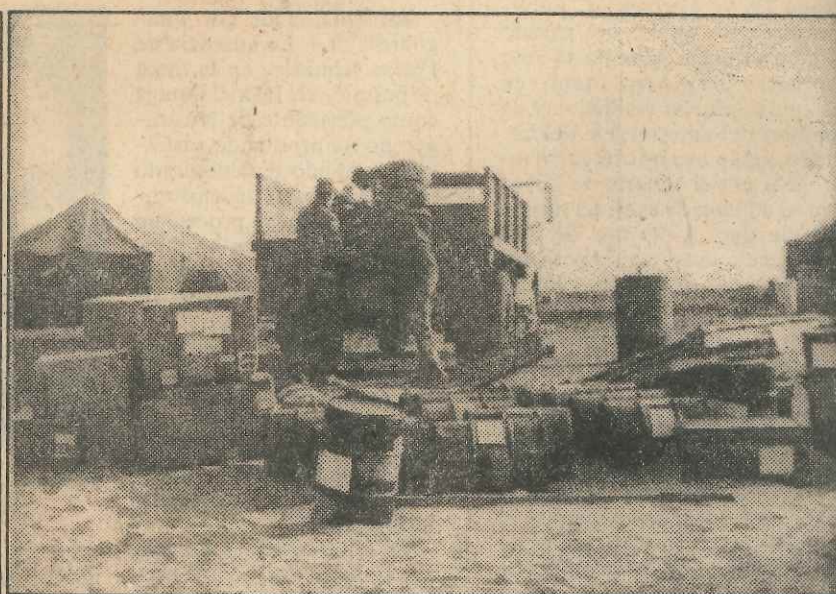
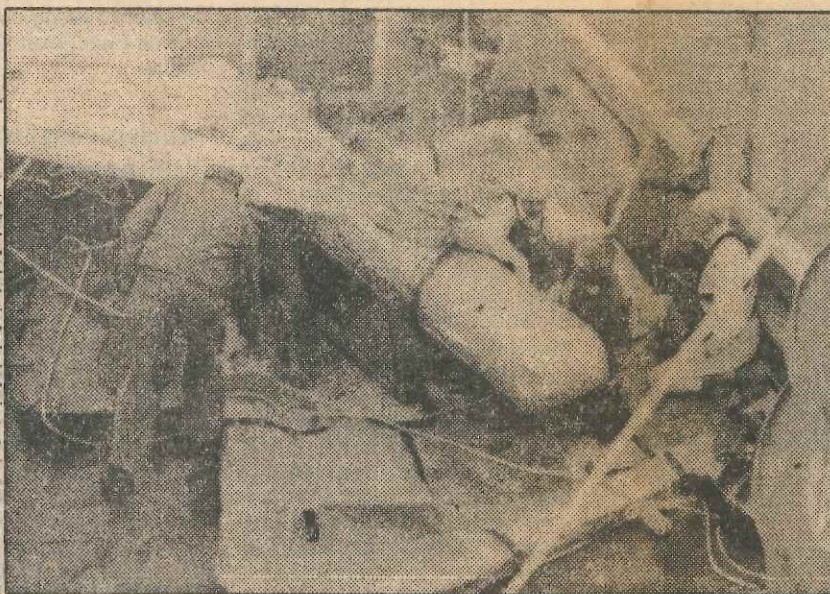
El próximo jueves, día 17, se cumplirán diecinueve años del siniestro atómico de Palomares, en la costa del Levante almeriense. Diecinueve años después, el lugar donde Espa-

ña vivió su "primera experiencia" nuclear y cuyo nombre ocupó las primeras páginas de todos los periódicos del mundo, ve frenado su desarrollo por la escasez de agua. Ade-

más, los norteamericanos quisieron compensar de alguna manera las molestias causadas a los pueblos de la zona y la valiosa ayuda de los habitantes del lugar para recuperar las

bombas, por lo que, además de la indemnización por las cosechas perdidas y del baño de promoción turística del embajador norteamericano y el ministro de Información y Tu-

rismo Estados Unidos obsesó con una planta desalinizadora que era vital para la zona. Hoy aún no ha entrado en servicio, mientras la zona padece sed.



Hace diecinueve años estas imágenes dieron la vuelta al mundo. Paco "el de la bomba" pudo más que la avanzada tecnología norteamericana para recuperar el artefacto caído al mar, que aparece a bordo de un barco que la rescató de las aguas. Atrás queda el removimiento de tierras y su traslado a los Estados Unidos en bidones para evitar el peligro de contaminación. Hoy la población ha olvidado todo aquello

Almería. (De nuestro corresponsal.) — Mientras la población de Palomares —los 1.200 habitantes que constituyen la desperdigada pedanía, en el término municipal de Cuevas del Almanzora— llena sus pozos con cisternas para poder beber, y deja de cultivar los campos de tomates porque el agua mana de las fuentes con un elevado índice de salinización, en la orilla del mar, a unos cientos de metros, el edificio amarillento de una desalinizadora permanece completamente abandonado, entre las construcciones de un camping próximo. La planta fue instalada hace 17 años, pero, lo que son las cosas, nunca ha llegado a funcionar.

Las aguas del trasvase

Palomares sigue con sus casas al sol, frente al mar azul de la bahía de Vera. Aunque estemos en invierno, sus campos se ven más secos que nunca. "Como tantas otras veces, las lluvias han pasado de largo. Esto debe tener algo de maldición, incluso cuando llegó la 'gota fría' y llovió en toda España, aquí no nos enteramos. No, si al final resultará que llevan razón esos que echan la culpa a las avionetas que pagan las compañías de seguros para que deshagan las nubes", nos dice un vecino, desesperanzado, mientras tomamos café en un bar del pueblo.

Palomares sobrevivió a la bomba atómica, pero todavía carece de agua potable para su desarrollo

A excepción de alguna plantación de tomates (el cultivo típico de la zona) y alguna que otra construcción de invernaderos con sus brillantes estructuras de plástico, la mayor parte de las tierras está sin sembrar. La razón de este deprimente panorama es bien sencilla: además de escasa, el agua que sale de los pozos tiene un alto contenido de sal, y de utilizarse para el riego, se arruinarían cosechas y campos. Todas las esperanzas de los palomarenses están puestas en la terminación de la presa del Almanzora, situada a unos 12 kilómetros, río arriba, y en la llegada de las aguas del trasvase Tajo-Segura, que al decir de los políticos de la oposición —AP y PRA, principalmente—, se retrasa más de la cuenta por falta de interés de la Junta de Andalucía. "Almería —señalan— queda muy lejos del nuevo centralismo sevillano. Mucho más que de Madrid. Y esta zona parece olvidada también de las autoridades provinciales".

Frente a este problema, que afecta al desarrollo turístico del litoral, la planta construida por los americanos a unas decenas de metros del agua, muy cerca de donde estuvo ubicado el

"campamento Wilson" durante la famosa "operación Flecha Rota", resulta como una broma de mal gusto entre las blancas edificaciones del camping. A ella se puede acceder desde una carretera asfaltada sólo hace unos años, con la pretensión de comunicar mejor, por la costa, las provincias de Almería y Murcia. Pero si esta planta —un prodigio de irracionalidad y de ausencia de planificación!— carece de historia, porque jamás llegó a funcionar, tiene, en cambio, una prehistoria terrorífica. Más que por lo que fue, por lo que pudo ser.

Primera experiencia

Todo empezó a las 10 horas y 20 minutos de la mañana del día 17 de enero de 1966. Un "B-52" perteneciente al ala 68 de la base Seymour Johnson, en Carolina del Norte (EE.UU.), y un "KC-135", nodriza, del escuadrón de aprovisionamiento de la base de Bergstrom (Texas) estacionado en Morón, se incendian mientras efectuaban la operación de repostar, y estallan a 9.500 metros de altura. El "B-52", en vuelo de alerta per-

manente sobre el Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico, con cuatro bombas de hidrógeno —cada una con un poder destructivo de 1'5 megatonnes— realizaba esta misma operación diariamente desde 1953, año en que los gobiernos de Estados Unidos y España firmaron sus primeros acuerdos militares.

En el siniestro perecieron siete de los once tripulantes de los dos aviones. Los fragmentos cayeron diseminados en un amplio radio, junto con las bombas, víctimas y supervivientes. Tres de los artefactos atómicos fueron localizados en tierra, pero el cuarto no sería rescatado del mar hasta casi tres meses después, y tras una intensa y minuciosa búsqueda en la que el "olfato" de un pescador tarragonense, afincado en Aguilas, Francisco Simó Orts —que en adelante sería conocido por Paco "el de la bomba"— superó a sistemas de inmersión tan avanzados como los batiscafos "Alvin" y "Aluminaut".

El plutonio radioactivo que emanó de las bombas caídas en tierra, a través de algunas fisuras producidas por la colisión, hizo temer una posible contaminación. Por ello, los trabajos

de rescate y limpieza fueron simultáneos. Cientos de soldados estadounidenses, con detectores, "peinaron" los campos de Palomares. Las cosechas fueron arrancadas y quemadas, y 1.100 toneladas de tierra contaminada, en bidones cerrados herméticamente, fueron llevados a un cementerio atómico del desierto de Texas. Ante los insistentes rumores de contaminación marina, el entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne y Angier Biddle Duke, a la sazón embajador USA en nuestro país, tomaban un periodístico baño en aguas de la bahía. La pesadilla acabaría a las 8 horas 40 minutos de la mañana del día 7 de abril, momento en que las garras articuladas del "Curry" depositaban la cuarta bomba en la cubierta del buque "Petrel".

Millonada mal invertida

Estados Unidos pagó daños y perjuicios a los agricultores que vieron destruidas sus cosechas. Se asegura que, en algunos casos, espléndidamente, aunque no faltarían también los descontentos de siempre. No obstante, para calmar los ánimos un tanto

revueltos, el Gobierno de EE.UU. quiso hacer algo más por la comarca, muy necesitada de agua tradicionalmente, y propuso a nuestra Administración su proyecto de instalar en Palomares una planta desalinizadora para suministrar agua potable a Palomares y también a Villaricos, Cuevas del Almanzora, Garrutxa, Mojácar y Vera, que eran las que habían vivido más de cerca la pesadilla nuclear.

A petición de España, la planta americana, que ya era "veterana" de Indochina, fue sustituida por otra más moderna. A cambio, nuestro Gobierno se comprometía a sufragar los gastos de redes de conducción, depósitos y estaciones elevadoras, cuyo coste supuso entonces para nuestras arcas más de 100 millones de pesetas.

Sin embargo, pese a llevar 17 años construida, la planta de Palomares nunca ha funcionado. La razón dada por los sucesivos departamentos no ha sido otra que su escasa rentabilidad, ya que el gasto de la explotación encarecería sensiblemente el agua potabilizada. ¿Fue aquella, pues, una inversión inútil? La pregunta: se la formulan todavía los habitantes de la comarca, mientras vuelven los ojos, esperanzados, al agua del trasvase y a la presa que se construye en el río Almanzora, a unos kilómetros más arriba de la población.

MARTIN NAVARRETE